

El texto del Buscón, de Quevedo

Pablo JAURALDE POU
Universidad Autónoma, Madrid

En artículo reciente [publicado en la *Revista de Filología Románica*, con el título de: «¿Redactó Quevedo dos veces el *Buscón*?», V (1987-1988)] he defendido que el *Buscón* debió de redactarse una sola vez, por un Quevedo joven (hacia 1604) que, como hacía otras veces, se desentendió de su obra festiva —y genial—; yo argumentaba para ello razones biográficas e históricas.

En otro trabajo, ahora en prensa (en el homenaje a John Varey, que publicará el Westfield College, de Londres), me ocupé de los errores de copia que demuestran abrumadoramente cómo CS son copias deturpadas de un texto que procede de B o que estaba emparentado con B.

Ahora quiero ocuparme de las razones textuales que no son, o no son solamente, errores de copia y que complementan aquellas otras que eran a mi modo de ver más que suficientes para demostrar que B representa la redacción más cercana al texto auténtico del *Buscón* y que CS —y en otra medida E— son deturpaciones o versiones posteriores, ajenas a Quevedo. En fin, para el resultado final de toda esta batería crítica, remito a mi próxima edición del *Buscón* (en la Editorial Castalia).

Resumo rápidamente que el *Buscón* se nos ha transmitido a través de tres manuscritos, el del Museo Lázaro Galdiano (B), el de Rodríguez Moñino (C) y el de Santander (S), al mismo tiempo que en impresos, cuyas primeras ediciones transmiten al menos dos familias ligeramente distintas (E y Z, llamo Z a la edición posiblemente fraudulenta de Zaragoza (?) de 1628). La crítica ha concluido, a partir de la edición de Lázaro Carreter, que hubo dos redacciones, representadas por B (primera) y SCE (segunda), ambas de mano del propio Quevedo, quien retocaría su obra hacia 1609. En efecto, el excelente estudio ecdótico de Lázaro ha permitido, entre otras muchas cosas, filiar los diversos testimonios para emparentarlos entre sí y concluir, al menos, trazando un mapa coherente de las relaciones que los acercan o diferencian. Pero se limitó a admitir «por estricta convicción» que ambas eran redacciones de Quevedo y, a posteriori, trató de interpretar desde esta convicción todo el juego de variante que oponían B a CSE.

En este artículo, sin embargo, el planteamiento se hace, sin menoscabo de aquellos logros, poniendo en tela de juicio no tanto que hubiera dos

redacciones como, sobre todo, que la llamada segunda redacción fuera de mano de Quevedo. Insisto en que los argumentos en este caso serán textuales y no biográficos o históricos.

El concepto de «segunda redacción» quizá implique que el texto se volvió a considerar, una vez acabado, como un todo sobre el que ejercer determinadas manipulaciones de detalle y generales para cambiarle (razones de censura, por ejemplo) o mejorarle. La segunda redacción implica, por tanto, sistematización y coherencia en el estudio de las variantes —por omisión, cambio o adición— que la presunta nueva redacción acarrea.

Acabo de desechar, con el párrafo anterior, la sugestiva posibilidad, en el caso del *Buscón*, de que su autor corrigiera al mismo tiempo que escribía, o, en otras palabras, que lo que se nos han conservado sean derivados de sus borradores de trabajo, textos que reflejan su «modo de trabajo», escribiendo, por ejemplo, uno de los capítulos finales y retocando algunos otros de los iniciales. Es evidente que esto pudo hacerse —y así se debió de hacer—; pero el hecho de que se hayan conservado textos tan «redondos» e íntegros como el del ms B, nos indica que el autor comunicó o dejó copiar textos ya acabados y no copias de telar.

Veremos, por tanto, en este sentido, si las omisiones, cambios y añadidos —en una o en otra dirección— nos suministran un conjunto razonable de directrices sistemáticas y coherentes que permitan saber por qué el autor trabajó sobre un texto juvenil para reconvertirlo en otro texto distinto. En realidad el único estudio serio en este sentido que conozco, el del propio Lázaro, sólo habla vagamente de estas razones, ahora puestas en entredicho muy seriamente por Edmond Cros, en varios trabajos que han culminado en su edición, acabada de publicar (Madrid, 1988).

Lo de una segunda redacción es algo que se desvanece cuando se analizan detalladamente las diferencias textuales, que en modo alguno son ni tan sistemáticas ni tan extensas que permitan pensar en una nueva redacción. ¿Por qué razón Quevedo iba a dejar tantos y tantos pasajes sin retocar, sobre todo cuanto nos adentramos en el texto? No existe una razón coherente para interpretar las variantes —de transmisión— como de redacción: no hay sistematización de las variantes, tan contundente que permita hablar de una segunda redacción realizada por una misma mano. Y además existen extensos pasajes sin ninguna variación. En otras palabras, las manipulaciones del texto poseen una extensión y un carácter que apuntan hacia redacciones ocasionales o parciales, sobre pasajes concretos, no sobre toda la obra, y desde luego no de Quevedo. Como veremos al analizar algunas de ellas, resulta hasta jocoso querer adscribir a una misma persona omisiones pías, adición de procacidades, mogigaterías, etc. (Confrontar, por ejemplo, todas las variantes del apartado tercero con la serie del apartado cuarto). En todo ese complejo juego de nuevos textos que adornaron la transmisión del *Buscón* no cabe más remedio que admitir muchas manos.

Además habrá que encontrar una razón, que no puede ser la de una segunda redacción —sistemática y coherente—, para explicarse por qué no hay ni una sola variante en algunos capítulos centrales de la obra: II, 2; III, 3; III, 5, etc. Y por qué esta tarea redactora se adelgaza según avanza el libro, o se reconcentra al comienzo o en determinados lugares, carentes de valor compositivo, pero auténticos cebos para las ingeniosidades y procaçidades del lector.

Añádase a ello que muchas de las variantes, y desde luego algunas de las tradicionalmente más características, cuando se hace un estudio más ceñido a los manuscritos, pueden explicarse como errores o variantes de copia. Son muchas más de las que se pudiera pensar, y explican algunos de los casos —hasta ahora inexplicables— de por qué se ha perdido texto de B, excelente texto de B.

Para los casos más difíciles, que ya no son tantos, creo que lo que mejor define el estado actual de los estudios textuales sobre el *Buscón* es que nos hallamos ante dos y a veces tres textos alternativos, no ante dos secuencias del mismo texto, en otras palabras: la mayoría de las veces los dos textos al ser alternativos no representan el uno la mejora o manipulación del otro. Sencillamente alguien ha escrito y posiblemente prescindido de pasajes adicionales, sin valor sistemático, sin determinación de mejorar estructuralmente toda la obra, sin guardar el hilo de las restantes variaciones. Este punteo del libro, no una segunda redacción, por tanto, no parece ser —por razones biográficas e históricas— de Quevedo; y, como vamos a intentar demostrar ahora, tampoco lo puede ser porque no hay ningún atisbo de que esas variantes sean del estilo de Quevedo. Pero el argumento de mayor peso estriba en que para aceptar el «nuevo» texto hay que desechar —porque son alternativos— el primitivo, el del ms. B, que es el que mayores garantías ofrece, por un lado, y el que en muchos casos presenta lecturas coherentes, literariamente muy logradas y estilísticamente muy quevedianas, por otro.

En fin, aunque no vamos a entrar en un aspecto tan rico y complejo ahora, debemos subrayar que por lo que sabemos sobre la transmisión textual de obras literarias en nuestra época clásica, las variantes de lector y transmisión son muy abundantes.

En el caso de las ediciones zaragozanas, a las que aludía más arriba, el manuscrito que llega al editor sufre un último y complejo remozamiento, quizá con la intención de dotarle de una coherencia y organización que ya no tenía (testimonios C y S). Son las variantes, a veces muy extensas, menos quevedianas de todas (V. *infra*, pero la mayoría deben buscarse en los impresos de época). De todos modos, el trabajo de Lázaro ha demostrado, con el minucioso estudio textual, que el texto del editor zaragozano procedía de alguna copia cercana a C, en tanto que el ms S se encuentra más cerca de B.

Con todo lo anteriormente dicho, el lector ya habrá adivinado que

nuestra hipótesis sobre el Buscón es la de una primera redacción de Quevedo (ms B) seguida de un complejo proceso de transmisión y copias, en el cual se realizaron, entre otras muchas manipulaciones, intentos de intervenir el texto con nuevos pasajes, chistes, fragmentos, incluso en algún caso con tímidos e incompletos proyectos de sistematizar una nueva redacción de algún capítulo o fragmento. Es bastante probable —es seguro— que los cambios sobre el capítulo primero iban a engrosar el carácter de «bruja» de la madre del protagonista, que ya contenía el texto originario de manera menos directa..., pero no se prolongaron más allá de ese capítulo; es bastante probable que las copias fueron descargadas de alusiones eclesiásticas concretas (a los jerónimos, a los teatinos, a la Iglesia en general...) y recargadas de pasajes obscenos y procaces. Es muy difícil saber cuántas manos y en cuántos momentos intervinieron en este proceso, que sólo la impresión de la obra detuvo en 1626, presentando un texto del que Quevedo pudo sinceramente renegar, como así se lo admitió la Inquisición.

Lo francamente complejo de este proceso es que durante la transmisión no sólo se fueron añadiendo pasajes, apostillas, chistes, procacidades a la obrita, sino que —en el caso de los más llamados por el prurito creador— se introducían modificaciones, sustituciones de textos. A veces la sustitución es clara, cuando el original era demasiado complejo —el estilo oblicuo y alusivo de Quevedo resultaba, ya, a veces difícil—, o cuando aparentemente no contenía ningún chiste o gracia y el copista o nuevo redactor resumía un pasaje largo con una síntesis rápida. Pero otras se trataba de un verdadero pulso al texto primitivo, una de cuyas descripciones se emulaba o sustituía por otra. No es lo más frecuente, pero existen casos clarísimos de todo ello. Es difícil —yo lo creo imposible— pensar en el propio Quevedo sustituyendo alguno de sus primeros pasajes, cerrados y perfectos, por otros similares, a no ser que mediaran circunstancias tan retorcidas como el intento de memorizar un texto propio perdido. Sin embargo, la posibilidad de una transmisión deturpada es la normal en un proceso de transmisión como el descrito arriba: una obra festiva, entregada al copiateo y brindando siempre la posibilidad de acrecentar su carga maliciosa, procaz o simplemente humorística.

En ningún caso, sin embargo, podemos descubrir una tarea continuada y sistemática de nueva redacción. Al contrario, el fragmentarismo es absoluto y las novedades se refieren a como mucho un capítulo de la obra o, sobre todo, algún determinado pasaje, que se rehace con interpolaciones, por qué no, incluso logradas.

Quevedo no redactó de nuevo su obra. La mayoría de los cambios nos alejan de su estilo y de sus temas, cuando no traicionan lo que le es más peculiar. Otros muchos se descubren fácilmente como errores de copias, simplificaciones y lecturas descuidadas. Los más son ampliaciones de un texto famoso que se ha convertido en patrimonio para la diversión y el regocijo común. Afortunadamente, sin embargo, se nos ha conservado una

copia manuscrita bastante cercana al original de esta obra juvenil de Quevedo. Y esa es la que hay que editar.

Esta copia, el manuscrito B, tampoco es perfecta, claro está. Es posible descubrir aquí y allá algunos de sus errores, con el empleo de los restantes testimonios. Casos de haplografías, homoioteleuton, etc. han dañado ligeramente un texto que resulta, a pesar de todo, bastante limpio y correcto.

En fin: una última consideración. A estas alturas, resulta que es necesario justificar la bondad del texto B frente a los otros testimonios, cuando la verdad es que la justificación se hace por valor de su misma antigüedad y coherencia; de modo que el esfuerzo que vamos a intentar, de explicar las variantes, parte de una evidente descompensación crítica. Realmente la crítica tendría que haber demostrado lo contrario, que son los otros testimonios quienes contienen las lecturas mejores, ya que son también los más tardíos, caóticos y deturpados. No quiero que se parta, por tanto, de la falsa idea de que vamos a intentar demostrar lo contrario de lo que objetivamente es de Quevedo. No existe documento alguno, ni evidencia crítica, que demuestre hoy por hoy que los textos de CSE son los genuinos de Quevedo. Ante la igualdad de la balanza, me parece que un análisis cuidadoso de los manuscritos y de las variantes, apoyado por razones histórico-biográficas —estás sí, objetivas— concluyen en la calidad y pureza del texto B, deturpado o manipulado en los restantes testimonios que se nos han conservado del *Buscón*.

No se podrán explicar satisfactoriamente —¿hace falta decirlo?— todas las variantes del *Buscón*; pero desde luego resulta abrumador el número de casos en que la pérdida de un texto de B tiene razones mecánicas, de copia. Entre las que restan, resultan también a mi modo de ver más numerosas las que presentan un texto estilístico y temáticamente más cerca de Quevedo. El cambio en los otros testimonios obedece con frecuencia a casos bien conocidos en la transmisión manuscrita: a) simplificación de un texto complejo o difícil; b) reducción de un texto largo a síntesis o resumen; c) amplificación de un pasaje obscuro, humorístico o procaz por acumulación y no por nueva redacción; d) supresión por motivos muy concretos de censura; e) resolución o desarrollo de una alusión, juego simbólico, metáfora o juego verbal. Los pocos casos, los más problemáticos e interesantes —también los más extensos—, son los que yo he llamado más arriba «textos alternativos».

Vamos a pasar a exponer enseguida el muestrario que lo ejemplifica, entresacando los casos probatorios que han de arrastrar a los restantes —llegan al centenar las variantes de importancia—, por su evidencia probatoria, a la conclusión final: la de que el texto genuino del *Buscón* estaba cercano al de B, desde donde se transmitieron copias diversas (es muy válida la filiación que hace Lázaro) que concluyeron en los testimonios CS. Desechamos las citas de variantes que son exclusivamente errores de copia, pues, como se señaló, a ellas hemos dedicado otro artículo. Utilizamos

las siguientes convenciones tipográficas: texto suprimido de B, cursiva. Texto añadido de CSE, negrita y entre corchetes. Numeraremos los casos para su utilización más cómoda. Cuando me parece oportuno, añado barras y foliaciones que indican el estado del original manuscrito. Independientemente de las apreciaciones finales que hagamos sobre otros juegos textuales, por ahora enfrentamos el texto del ms B al texto crítico de Lázaro, siempre que éste se aparte de B.

1. SIMPLIFICACIÓN DE UN TEXTO COMPLEJO O DIFÍCIL

1. (I, 3) «... era buen sitio el suyo para tiendas de/mercaderes: la nariz *de cuerpo de/santo, comido el pico*, entre Roma y/Francia; porque se le avía comido/de unas búas de resfriado...»

El texto que se pierde es el más precioso, pero también, significativamente, el más difícil: se alude a las estatuas en piedra de los santos en portadas de iglesias y esculturas similares, pienso yo que mejor que aludir a momias.

2. (I, 3) «... ea, demos lugar a *la/gentecilla, que se repapile [los criados]*, y váyanse/asta las dos aazer ejercicio...»

No parece haber color entre el texto primitivo y la sosa sustitución que se nos ofrece en los textos deturpados. El texto de B evita además la utilización de «criados» por segunda vez en el mismo párrafo e introduce un verbo, «repapilar», nada fácil probablemente para su transmisión manuscrita continuada.

3. (I, 6) «Yo era el dispensero de Judas *de botas a bolsa*, que desde entonces hereda no sé qué amor a la sisa este oficio.»

Es probable que el copista de turno no entendiera la expresión «de botas a bolsa».

4. (II, 4) «Vive Dios —dixo el corchete— que se lo pague yo sobrado a Juanazo **[Lobrezno]** en Murcia, porque iba el borrico *con un paseo de pato [que remedaba el paso de la tortuga]*, y el bellaco me los asentó de manera...».

Reconversión o simplificación de un copista a la fórmula coloquial más conocida del modismo.

5. (II, 5) «... vi venir un hidalgo... el cuello abierto, *mas de roto que de molde*, el sombrero de lado. Sospeché...»

El paréntesis figurativo, como inciso difícil, es lo que se pierde.

6. (II, 6) «... porque se cena el ombre en el almidón *con sus fondos en mugre* chupándole con destreza...»

No encuentro otra razón para suprimir ese sintagma tan quevediano. Sólo la inicial de *chupandole* pudo haber equivocado al copista al ir a escribir *con sus...* Es un capítulo bastante limpio en todos los manuscritos, como en general todo el libro II.

7. (III, 1) «Llegó a la puerta, llamó, abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada. *Rostro cáscara de nuez, mordiscada de faciones, cargada de espaldas y de años [y muy vieja]*. Preguntó por los amigos y respondió *con un chillido crespo* que habían ido a buscar...»

Este texto puede ser el prototipo de reducción simplificadora por un copista que se interesaba por el hilo dramático o el chiste grueso y desdénaba la filigrana descriptiva de Quevedo. La genial descripción de la vieja, una de las «especialidades» del autor, queda reducida a «y muy vieja», con el agravante de que se encuentra en una fase en la que ya ha empezado a decir «abrióle una vejezuela... muy vieja». ¿De verdad se puede pensar en que esta reducción representa la segunda redacción del texto por el propio Quevedo?

8. (III, 1) «Hijo, tengo en las espaldas una gatera acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite. *Que en mi hato aunque caminéis a cualquiera parte, nunca saldréis de la mancha, que parece que hago carabanas para lechuza, u que retozo con algunos candiles*. Este pedazo de arrebozo lo disimula todo **[lo cubre y así se puede andar]**. Desarrebozóse y hallé que...»

La aposición que ensarta comparaciones chistosas pudo haberse simplificado, por su complejidad.

9. (III, 1) «... como las que tratan en papel para acomodar *jubones incurables, ropillas tísicas y con dolor de costado [incurables cosas]* de los caballeros. Dijo que no y que por falta de harapos...»

Este es uno de los casos en los que la deturpación de las copias dispara las variantes («acomodar», «innumerables»). La solución de la edición crítica de Lázaro dice algo que tiene poco sentido: «incurables cosas de los caballeros». Está claro que con los papeles se rehacían diversos géneros de ropas, todas «enfermas» de vejez y mugre: «jubones incurables, ropillas tísicas y [ropillas] con dolor de costado», pertenecientes a los que se querían hacer pasar por «caballeros». No podemos saber la razón original del fallo (¿se saltó una línea?); pero todo apunta a que fue una simplificación de un pasaje más complejo.

10. (III, 1) «Haciase soldado y habíalo sido *en los alojamientos y hasta la mar [pero malo y en partes quietas]*. Contaba extraños...»

Las copias explican para el profano lo que significaba el texto genuino, mediante una fórmula que todos podían entender, pero claro que resulta mucho menos expresiva.

11. (III, 4) «... ordenaron a la noche de darlos culebrazo *de cáñamo [bravo]* con una soga...»

Las copias no entendieron el texto original, que en la sucesión del sintagma resulta bastante claro, de todos modos. C leyó «con el brazo».

12. (III, 1) «El don Diego se me ofreció y me pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero. Y añadía, no creerá V. M. su madre ere hechicera y *un poco puta*, y su padre ladrón, y su tío

verdugo, y el más ruin hombre y más mal inclinado *tacaño* [que Dios tiene en] del mundo. *Yo decía con unos empujoncillos de risa, gentil vergantón! hideputa, pícaro. Y por de dentro considere el pío letor lo que sentiría mi gallofería. [Que sentiría yo oyendo decir de mi, en mi cara, tan afrentosas cosas]* Estaba aunque lo disimulaba...»

Sobre el pasaje han ocurrido dos cosas al menos. Primero la pérdida de un elemento en una enumeración de más de cuatro y todos comenzando con la copulativa «y». Pero en el segundo caso, el copista ha resuelto —como otras veces— un pasaje difícil, expresivamente rico y algo complejo, a fórmula más sencilla. Se trata del proceso por el que el copista no copia literalmente, sino que resume semántica o temáticamente lo que acaba de leer. Lo vamos a ver de modo similar en el caso siguiente.

13. (III, 7) «... dijeron si gustarían de jugar con un fraile [benito] que acababa de llegar a curarse en cas de unas primas suyas, que venía enfermo y traía *talegos como el brazo y una calza de doblones [mucho del real de a ocho y escudo]* Crecióles a todos el ojo...»

En efecto, de nuevo se resuelve una frase rica por el juego metafórico, para dar su traducción o versión directísima, en puros términos monetarios. La segunda versión es una simplificación de la versión «mental» y sencilla de un texto que se acaba de leer y comprender.

14. (III, 1) «Citaba a la Vidaña su concurrente en Alcalá, y a la Plañossa en Burgos, *a Muñatones la de Salamanca. [mujeres de todo embustir]* Esto he dicho...»

Me parece que las copias no entendieron la retahíla de nombres estrambóticos, y dispararon las soluciones. «Mujeres» es la lectura fácil, desde luego.

a) Especificaciones

15. (I, 4) «Preguntóle su nombre el estudiante, y él dijo que se llamaba tal Coronel. ¡En [malos] los infiernos *descanse [arda]* dondequiera que está!»

Aunque la corrección parece inocua, una vez más se explicita el sentido más alusivo del texto quevediano, al escribir literalmente los rasgos negativos («malos» y «arda») que en la frase original quedaban expresivamente resaltados por su contraste con la fórmula cortés («En los infiernos descanse...»).

16. (I, 5) «¡Baste, no le *deis con el palo*» [matéis]». Que yo, según me trataban, creí dellos que lo harían.»

La variante parece de nuevo inocua, pero muestra una vez más la especificidad del texto original frente a la reducción neutra de la copia.

17. (III, 1) «Yo que luego entendi *la flor, aceté [dije que yo era]*. Recibí...»

Debe notarse como casi siempre, en este tipo de ocurrencias, las copias muestran soluciones más simples, menos artísticas.

2. REDUCCIÓN DE UN PASAJE EXTENSO O PÉRDIDA DE MIEMBROS EN ENUMERACIONES Y SERIES

18. (I, 1) «Ubo fama./que reedificaua doncellas, resuscita/ua cauellos, encubriendo canas://(f 3v) *empreñaba piernas con pantorrillas/postizas. Y con no tratarla nadie/que se le cubriese pelo solas las cal/vas se la cubría. Por-que azía ca/velleras; poblada quixadas con dien/tes; al fin viuía de adornar om/bres, y era remendona de cuerpos. unos la llamaba «zurcidora de gustos», otros «algebrista de voluntades desconcertadas...»*

Y véase el final del pasaje desde otra perspectiva gráfica:

«... unos la llamaban zurzidora de gustos, **otros** algebrista de voluntades desconcertados, **otros** juntona, *cual la llamaba enflautadora de miembros y cual tejedora de carnes y por mal nombre alcagüeta.*»

CSE: El copista al llegar a la frase que comienza el segundo **otros** cree que ya la ha copiado y busca la copulativa que inserte el final de la serie: «y por mal...», omitiendo lo subrayado. El sintagma «enflautadora de... + sustantivo» es muy de Quevedo, y aparece, por ejemplo, en *La hora* (ed. Madrid, 1987), cuyos editores advierten a propósito que «este tipo de leñanías divierte a Quevedo...» (y citan bastantes textos paralelos).

Por lo que concierne a la variante anterior, esta vez se ha suprimido el final y remate de una serie bastante coherente, en la que además, estaba el obsesivo tema para Quevedo de las cabelleras. La supresión daña claramente la coherencia del texto, pues el pasaje que sigue es una síntesis o resumen de los suprimido.

19. (I, 1) «Nunca confesse sino quan/do lo mandaba la santa madre Igle/sia. *Preso estuue por pedigüeño en ca/minos, y a pique de que me estera-ran//(f 5r) el tragar, y de acauar todos mis neg/gocios en diez, y seis marauedís: di/ez de sogá y seis de cañamo. Mas de/todo me a sacado el punto en voca./el chitón, y los nones. Y [así] con esto y mi/ officio e sustentado a tu madre lo/ más onrradamente que e podido.*»

De nuevo la supresión acaba con un pasaje de sabor muy quevediano, aunque sólo sea por su predilección por el léxico: «chitón», «punto en boca», etc. Y por el chiste de la sogá del ahorcado, que aparece en su poesía festiva abundantemente y en *La hora* (ed. cit., 233, 245, etc.). También es quevediana la construcción adversativa resolviendo una exposición anterior: «Mas de todo me ha sacado...», que incluso se repite en el propio Buscón. Parece como si se hubiera tratado de adelgazar el texto al máximo dejando tan sólo, en pasajes, la trama narrativa y el humor más grueso, pero desdeñado la filigrana, el detalle, lo más rico y sugestivo del texto original. Es decir: lo que es todo un típico proceso de transmisión.

La posibilidad de que sea un error de copia no debe desecharse, ya que el párrafo terminaba con «igle/sia» —en el ms. B coincide con final de página— y los copistas añadieron un **así**, al comienzo del párrafo siguiente (¿vago recuerdo del «sia» con que terminaba el párrafo anterior?), omitiendo todo ese rico pasaje de la redacción originaria. Pudo haber algún tipo de salto.

21. (I, 3) «El era un clérigo cerba/tana, largo solo en el talle, una cabeza/pequeña: **[pelo bermejo (no hay más que decir para quien sabe el refrán)]** los ojos avocinados en el co/gote...»

¿Es el clásico añadido de un lector, que además jugaba a referirse al propio Quevedo? La hipótesis se comprueba por la manipulación del texto más tardío, E, quien todavía añade otra coletilla más: «que dice ni gato ni perro de aquella color», mostrando esa tendencia a engrosa lo cómico a lo ya conocido, especificando o aclarando la alusión y el chiste.

Pero he citado el pasaje entre los errores de copia por la remota posibilidad de que el copista, que acababa de escribir **pequeña**, al empezar a escribir **pelo**, creyera que esa frase ya la había copiado y saltara al siguiente rasgo: «lo ojos...»

22. (I, 4) «Metíome adentro y estaban dos rufianes con unas mugercillas; un cura rezando al olor; un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar *andaba esforzando sus ojos que se durmiesen en ayunas: arremedaba los bostezos diciendo: «Más me engorda un poco de sueño que cuantos faisanes tiene el mundo; [y] dos estudiantes fregonos, de los de mantellina, panzas al trote, andaban aparecidos por la venta [buscando traza] para engullir.»*

Simplificación por el copista de un pasaje genial del autor, en el que se suprime esa semiprosopopeya con una parte del cuerpo, tan de Quevedo (el mercader intenta convencer a sus ojos para que se duerman) y la frase que hace de la necesidad virtud. Pero sobre todo, un poco después, la construcción aposicional «panzas al trote», con esa violenta sinécdoque que ha convertido a los estudiantes en dos estómagos a la búsqueda de algo de comer, con su carácter fantasmal bien señalado («andaban aparecidos») se ha resuelto en su significado sencillo mediante la mera supresión y su sustitución por una frase neutra: «buscando trazas para engullir». Es posible, incluso, que la malhadada enmienda tuviera sus razones en la dificultad de las imágenes quevedianas. Pero el texto genuino, en cualquier caso, queda dañado. En fin, que esto es así resulta claro cuando leemos, por ejemplo, en *La hora*: «Habían, pues, flechado cien papeles de estos, rociando de estafeta a todo el lugar. Llevábalos un compañero panza al trote, insigne clamista...» (ed. cit., p. 227). Si Quevedo mantenía hacia 1635 su preferencia por esa construcción, no parece adecuado pensar que la hubiera suprimido de la primera versión de *El Buscón*.

23. (I, 4) «Repartieronlo todo y a don Diego dieron no sé qué güesos y

alones, diciendo que «del cabrito el güesecito y del ave el aloncito», y que el refrán lo decía. Con lo cual nosotros comimos refranes y ellos aves.»

La supresión de este pasaje tampoco parece obedecer a ninguna razón especial: sin embargo, el fragmento suprimido estaba perfectamente enhebrado en el texto B, ya que es una secuencia natural de la frase de arranque («dieron no se qué güesos y alones») y al suprimirla, como hacen las copias, señalar que comieron «guesos» y «alones» y no otra parte de las palomas no tiene ningún sentido. Esas dos denominaciones están ahí para acarrear el refrán subsiguiente («del cabrito el güesecito y del ave el aloncito»), que remata Quevedo con la broma final. De nuevo la supresión de un fragmento «daña» esencialmente al texto original, y quien lo hiciera no entendió cómo estaba redactado.

24. (I, 4) «Los rufianes hicieron la cuenta y vino a montar, de cena solo, treinta [sesenta] reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma. Decían los estudiantes: «No pide más un ochavo». Y respondió un rufián: «No sino burlarse con este caballero delante de nosotros. Aunque ventero, sabe lo que ha de hacer. Déjese V. M. gobernar, que en mano está —y, tosiendo, cogió el dinero, contólo y dijo, sobrando del que sacó mi amo cuatro reales, los asíó diciendo: «Estos le dare de posada, que a estos pícaros con cuatro reales se les tapa la boca». Quedamos sustados con el gasto. **[Como hemos de servir a V. M. en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto].**»

He aquí otro clarísimo caso de reducción del texto original por síntesis o resumen de un pasaje más extenso, pero que aparentemente no contenía ningún elemento dramático. El copista lee, por tanto, y resume rápidamente el pasaje original, buscando llegar a nuevas aventuras. Naturalmente que de ese modo se llevó por delante un fragmento que tenía su función novelesca, como ya hemos visto en otros casos: la verborrea de los estudiantes, su capacidad verbal para engañar, su utilización magistral —y la reproducción de Quevedo— de situaciones coloquiales que tenían su coletilla lingüística. ¿Hace falta señalar el empobrecimiento de la llamada segunda redacción al suprimir esa escena? Quizá, en este caso, el anacoluto de los dos verbos *dicendi* dio licencia a la intervención.

25. (I, 6) «Las Pascuas, por diferenciarse, para que estuviese gorda la olla, solía echar cabos de vela de sebo, y así decía que estaban sus ollas gordas «por el cabo». Y era verdad según me lo habló un pavilo que yo masqué un día. Ella decía cuando yo estaba...»

Nos hemos encontrado un caso similar algo más arriba: la supresión del fragmento final daña al arranque del período, construido para conseguir el juego con el modismo «por el cabo», de modo que al desaparecer éste no tiene mucho sentido que se nos diga que se engordaban las ollas con cabos de vela, y mucho menos que se utilizara el término «cabo», cuyo correlato lógico se halla, como es natural, en el homónimo «cabo» que ha de aparecer después. Por otro lado, la conclusión sobre un chiste, con arranque «y era verdad...», es muy quevediana.

En efecto, se trata de un error de copia bastante claro, con salto desde el primer **decía** al segundo, omitiendo todo el pasaje intermedio.

26. (II. 3) «Quiso Dios que por que no no fuese pensando en mal me topase con un soldado, *iba en cuerpo, y en alma el cuello en el sombrero, los calzones bueltos la camisa en la espada la espada al ombro, los çapatos en la faldiquera, alpargatas y medias de lienzo, sus frascos en la pretina, y un poco de órgano en caxas de hoja de lata para papeles.* Luego travamos plática y preguntóme...»

Supresión de un pasaje descriptivo, que solo podríamos intentar explicar por el deseo del copista de llegar al contenido dramático o anecdótico del texto, omitiendo a veces sintagmas no progresivos..

27. (II. 3) «Más quiero, voto a Cristo, estar en un sitio la nieve a la cinta hecho un reloj comiendo madera, que sufriendo las supercherías que se hacen a un hombre de bien. *Y en llegando a ese lugarcito del diablo nos remiten a la sopa y al coche de los pobres en San Felipe, donde cada día en corrillos se hace consejo de estado y guerra en pie y desabrigada. Y en vida nos hacen soldados en pena por los cimiterios, y si pedimos entretenimiento nos embían a la comedia, y si//ventajas a los jugadores. Y con esto, comidos de piojos, y güéspedes, nos volvemos en este pelo a rogar a los moros y herejes en nuestros cuerpos.* A esto le dije yo que advirtiese que en la Corte avía de todo...

En la línea de la supresión anterior, desaparece el pasaje costumbrista —y estático en este sentido— más importante, sobre los hábitos de un soldado en la Corte/, con juegos conceptistas difíciles sobre «entretenimiento» y «ventajas».

28. (II. 6) «Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, *cáncer de las ollas,* y convidados por fuerza. Sustentámonos...»

La pérdida de un sintagma en una enumeración es caso frecuente en las copias.

29. (III, 2) «... venía aldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguíno y tantos rabos que parecía chirrión con sotana, *pulpo graduado y mercader que cargaba para Italia.* Aremetió a mí en viéndome...»

Además de perderse los miembros de una enumeración, lo que es frecuente en las copias, hay una simplificación de lo más difícil.

3. ADICIÓN DE COLETILLAS EXPLICATIVAS, GRACIOSAS O PROCACES

30. (I, 1) «Unas vezes nos destierran//{(f 4v) otras nos azotan, y otras nos cuelgan?/[**aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo**] (no lo puedo decir sin lágrimas.../»

Se observará en este añadido la clásica coletilla o referencia obligada en la época entre colgar, por ejecutar, y colgar, por regalar a alguien el día de su santo. Cualquier lector podría haber sentido la tentación de engordar

fácilmente el carácter humorístico del texto añadiendo a cada oportunidad lo que no contenía el original.

31. (I, 3) «Llamó Cabra a lición fuimos/y oímosla todos. **[Ya mis espaldas i yjadas nadaban en el jubón y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas, amarillos, vestidos de desesperación)** Mandáronme leer...».

Este tipo de ampliaciones de un texto primitivo suelen ir en la línea de engrosar lo que es más típico de ese texto: la truculencia, la obscenidad, la procacidad, el chiste verbal, etc. En este caso, sencillamente la hipérbole humorística, por cierto muy traída por los pelos, ya que no han pasado más que unas horas desde que llegó a la casa del Dómine. El interpolador ha atendido más al efecto cómico de la descripción que a la mínima coherencia narrativa del relato. Quevedo lo había hecho mucho mejor en el texto original (B), porque sintetizó el tiempo antes de llegar a estas formulaciones: «prosiguió siempre en aquel modo de vivir que he contado» ... «al cabo de un mes», etc. Por otro lado, el proceso acumulativo de la interpolación está claro en los testimonios de C y S, ya que este último tampoco contiene la frase «ya mis espaldas... calzas».

32. (I, 3) «Y todo esto creeráa/quien supiere lo que me contó el mo/zo de Cabra diciendo. Que **[el había visto meter en casa, recién venido, dos frisonos y que, a dos días salieron caballos ligeros que volaban por los aires; y que vio meter mastines pesados y a tres horas salir galgos corredores y que]** una qua/resma topó muchos ombres, unos me/tiendo los pies: otros las manos y o/tros todo el cuerpo en el portal de su/cassa, y esto por muy gran rato y/mucha gente que venía a solo aque//(f 22r) llo de fuera: y preguntando a uno/un día que qué sería (porque Cabra/se enojó de que se lo preguntasse), res/pondió que los unos tenían sarna/y los otros savañones, y que en meti/éndolos en aquella cassa morían de/ambre, de manera que no comían des/de allí adelante...»

Este es uno de los casos más claros de ampliación del chiste original, por adición sobre el chiste ya formado de nuevos elementos de una serie. La interpolación es sumamente torpe porque al romper la secuencia dramática del chiste —que es perfecta en B— adelanta al comienzo, con la interpolación, lo que debería de ser el final humorístico al caso que se propone y sobre el que se pregunta. Hágase la prueba de leer el texto B solamente. Luego léase con la interpolación: lo que ocurría a aquellos misteriosos hombres que introducían pies, manos, etc. en el portal de la casa, se ha descubierto, torpemente, al decir que los frisonos salían caballos ligeros y los mastines galgos corredores: de modo que cuando se pregunta, más tarde, y Cabra se enoja, al lector ya se le ha descubierto la gracia del chiste.

33. (I, 4) «Sacó todas cuantas había y en su lugar puso picdras, palos y lo que halló, y encima dos o tres yesones y un tarazón de teja. **[luego se proveyó sobre lo dicho y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones).** Cerró la caja y púsola donde estava, y dijo...»

Este es uno de los pasajes, traído a colación por Edmond Cros, como una clara muestra de que la llamada segunda redacción no es precisamente más limpia que la primera. La adición de procacidades y obscenidades es el recurso más frecuente en un proceso de copias sobre un texto festivo. Naturalmente que este tipo de adiciones casan mal con las manipulaciones de otro carácter (como las de los ejemplos de los teatinos, los jerónimos o la Iglesia) y que resulta excesivamente forzado hacer creer que son todas de la misma mano que redacta de nuevo todo el texto. Se trata de intervenciones esporádicas, puntuales, fragmentarias, etc., de distintas manos, sólo así se explican las incoherencias y disparidad estilística, temática, ideológica, etc.

36. (I, 5) «Era el dueño y gúésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso: moriscos los llaman en el pueblo **[que hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino, digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha]...**»

Este es quizá el pasaje más torpemente añadido al texto original del Buscón, y, sin embargo, sobre él se ha podido hasta montar una teoría sobre las fechas de redacción. La alusión a los moriscos y conversos no puede ser más zafia y vulgar («que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino»), y queda muy lejos de lo que hubiera podido ser una mención indirecta o artística de Quevedo, como sería fácil de demostrar. Pero la fórmula de arrepentimiento extranovelesca que sigue no tiene nada que ver con el modo de hacer Quevedo en el Buscón; ni desde luego con su ideario político o racial, que precisamente se enconaba cuando dirigía los dardos contra la gente principal tocada de converso (recuérdense pasajes suyos como el de la Isla de los Monopantos). En fin, la coletilla se engasta por sencillo añadido sobre la marcha («que hay...»), con poca pericia expresiva: «... hay muy ... gente ... mucha... hay... gente... mucha...»); y desde luego conectaría con el problema morisco de hacia 1609. Pero es que el texto original dejaba en bandeja la intervención del lector.

Cuando se sigue leyendo el texto, observamos, de añadidura, que la explicación interpolada ha vuelto a dejar demasiado en claro la calidad de ese morisco, con cuya condición va a jugar inmediatamente («recibióme, pues, el gúésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento...») el autor. La evidente ironía del texto se descubre demasiado con el bombardeo que señala previamente su condición.

37. (I, 5) «... fue tal la vatería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acavar la razón. **[Eché de ver que unos parecían tripas de los que los tiraban, según eran de largos; otros, acabándoseles la saliva, pedían prestado a las narices sus tuétanos, y venían con algunas balas de mocos secos, tan recios, que hacían batería y señal en la capa]** (Add. de S, similar en C). Yo estaba cubierto el rostro con la capa y tan blanco, que todos tiraban de mí...»

No parece necesario insistir en el deleite que algún lector procaz

encontró en engrosar a su sabor pasajes como este. Ni siquiera Lázaro admite el pasaje —a pesar de estar en CS— como quevedesco.

38. (I, 6) «... y el Corregidor de ahorcarle *fuese quien fuese* [**aunque fuese hijo de un grande**]...»

Ni que decir tiene que la interpolación es de algún copista a tiro hecho, para determinar el texto mucho más, apuntando directamente a una clase.

39. (II, 4) «Conocile por el (hablando con perdón) cuerno que traía en la mano. [**y para andar al uso, solo erró en no traelle enciam de la cabeza**]. Saludónos a su manera y tras él entró un Mulato...»

40. (II, 4) «... dixo uno, *Qué mulata está la olla?* [**que para qué traían pebetes guisados**] Ya mi tío estaba tal...»

Chiste o frase ingeniosa que se emula o duplica en la copia.

41. (III, 1) «... que el sonarse estaba vedado en la orden si no era en el aire *u de saetilla a coz de dedo* [**y las más veces sorbimiento, cosa de sustancia y ahorro. Quedó esto así**] Era de ver...»

Nuevamente se busca una metáfora o texto paralelo que enriquezca otro sucio o grosero del original.

42. (III, 4) «... que en toda la noche me habían dejado cerrar los ojos, [**a puro abrir los suyos**]. El carcelero...»

Añadido grosero sobre el pie disémico de una palabra.

43. (III, 4) «... y lo primero que nos fue notificado fue dar para la limpieza, *como si en una noche lo hubiera yo ensuciado todo* [**y no de la virgen sin mancilla**] so pena de culebrazo fino.»

El cambio en las copias sacrifica una frase que conecta con el resto del texto, puesto que alude a algo sucedido anteriormente, a una broma verbal sacrílega.

44. (III, 6) «A éstos se llegaban otros cuatro hombres rapantes, como leones de armas, todos agrillados *gente de azotes y galera, chilindrón legítimo* [**y condenados al hermano de Rómulo**]. Decían ellos...»

Las copias emulan al texto original añadiendo la frase con el chiste.

45. (III, 8) «... vínome a desengañar y a decir que era otra de su nombre [**guía y no es de espantar que con tales guías vamos todos desencaminados**]. Yo la conté su dinero...»

Adición de una apostilla festiva, provocada semánticamente por el texto.

4. MOTIVOS MORALES O DE CENSURA

46. (I, 3) «Parecía con *esto*, y los cavellos largos y la sotana [**mísera y corta, lacayuela de la muerte**] y *el bonetón teati/no lanudo*».

Esta es una de las variantes que suprime una alusión a una orden religiosa o semejante, desde luego mucho más plástica y lograda que la que sustituye en CS. Forman una pequeña serie, pero lo bastante significativa como para ver una mano censora que, a veces, descargó al texto de pasajes

similares. Es también evidente que esta mano no actuó de modo sistemático sobre el texto —lo hubiera censurado todo—, sino en pasajes y capítulos, y es evidente que no fue la misma que añadió, por ejemplo, la variante 43 y otros similares. Lo mismo en los ejemplos siguientes.

47. (I, 3) «Cómo gatos?/pues quién os a dicho a vos que los/gatos son amigos de ayunos, y peni/tencias; en lo gordo se os echa de ver/ que sois nuevo. *Qué tiene esto de refi//f 17r) torio de Gerónimos para que se críen/aquí?* Yo con esto...

48. (I, 4) «Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos. *¡Pesia diez!, la Iglesia ha de ser la primera*». No bien se lo dijeron, cuando se sentó.»

49. (II, 3) «El soldado iba comparando las peñas a los castillos que había visto y mirando cuál lugar era fuerte y dónde se había de plantar la artillería. *Yo [los] iba mirando [y] tanto [temía] el rosario del hermitaño con las cuentas frisonas como la espada [las mentiras] del soldado. O cómo volaría yo con pólvora gran parte deste puerto (decía), y hiciera buena obra a los caminantes. No hay tal como hacer buenas obras decía el santero, y pujaba un suspiro por remate. Iba entre sí rezando a silvos oraciones de culebra.// En estas cosas divertidas [y otras conversaciones] llegamos a Cercedilla...*

El pasaje suprimido por las copias, el más extenso e importante, pudo serlo por mogigatería, aunque la broma del rosario enorme venía de atrás. Pero, en cualquier caso, es del más genuino sabor quevediano: la frase del santero en las antípodas de la realidad, seguida de la pincelada del gesto, y el juego sinestésico que sigue, con la alusión animal.

50. (II, 4) «No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse a comer en cabecera el demandador. *Diciendo la iglesia en mejor lugar, siéntese padre, echó la bendición mi tío, y como estaba hecho a santiguar espaldas, parecían más amagos de açotes que de cruces.* Y los demás nos sentamos sin orden. No quiero decir lo que comimos, solo que...»

La supresión de este pasaje de B ha sido bien meditada, porque quien la hiciera rehízo ligeramente el párrafo siguiente suprimiendo el «nos sentamos» para encajarlo bien. En otras palabras: es una manipulación para suprimir el pasaje por su contenido, no de copia. Resulta claro que está en la línea de las supresiones ya vistas en este aparato.

TEXTOS ALTERNATIVOS

51. (I, 1) «Por éstas, y otras niñerías estu/vo preso, **[aunque según a mí me han dicho después salió de la cárcel con tanta honra que le acompañaron doscientos cardenales, sino que a ninguno llamaban señoría (eminencia); las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció bien mi padre a pie y a caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della]** y rigores de justicia. *(de/que ombre no se puede defender,)/le sacaron por las calles. En lo/que toca de medio auaxo, tratáron/le aquellos señores*

regaladamente/; iba a la brida en bestia segura/y de buen passo, con mesura y/buen día. Mas de medio arriba/etcétera, que no ay más que decir/para quien saue lo que haze un/pintor de suela en unas costillas./Diéronle docientos escogidos, que de/allí a seis años se le contaun por/encima de la ropilla. Más se mo/uía el que se los daua que él: co/(f3r) sa que pareció muy bien. Diuirtió/se algo con las alabanzas que iua/oyendo de sus buenas carnes, que/le estaua de perlas lo colorado.»

Puede ser un texto alternativo: el añadido del manuscrito S tiene, en efecto, todo el aire de un añadido posterior: «Según luego me han dicho.» Y se concentra en un chiste, famoso hoy, pero bastante simple. En tanto el texto de B resulta mucho más rico y ambiguo, con su alusión a la «justicia» y su tono expositivo en contraposición a la emotiva escena que se describe: «en lo que toca.../Mas de medio arriba...». Es también fuertemente elusivo en su tono y en los momentos clave: «Diéronle doscientos [azotes] escogidos», así como en el chiste esencial («que le estava de perlas lo colorado [de la sangre]»). Textos tardíos de Quevedo muestran cierto paralelismo con la presunta supresión, por ejemplo, lo de «oyendo de sus buenas carnes», en *La hora* (ed. cit., 231-232): «Si nos azotaren, a quien le dan no escoge, y, por lo menos, oye un hombre alabar sus carnes...» No fue, al menos, la «idea» lo que en una presunta segunda redacción se quiso suprimir.

52. (I, 2) «Llegó el/(f 10v) día y salí en uno como [un] cavallo [ético y mustio]: *me/xor dixerá en un cofre vivo, que no an/dubo en peores passos Roberto el Di/ablo, según andaba. El era rucio y ro/dado el que iba encima, por lo que caía/en todo. La edad no ay que tratar, viz/nietos tenía en tahonas. De su raza no/sé más de que sospecho era de judío, se/gún era medroso y desdichado. Iban/tras mí los demás niños, todos a/derezados. [el cual más de manco que de bien criado iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola el pescuezo de camello y más largo; tuerto de un ojo y ciego del otro; en cuanto a edad no le faltaba para cerrar sino los ojos; al fin, él más parecía más caballete de tejado que caballo, pues, a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines. Demostraba abstinencia en su aspecto y echábansele de ver las penitencias y ayunos: sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja lo que más le hacía digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo, pues a tener una cerradura pareciera un cofre vivo. Yendo pues en él dando vuelcos a un lado y otro como fariseo en paso y los demás niños todos aderezados tras mí, que con suma majestad iba a la jineta sobre el dicho pasadizo con pies]...»*

El texto suprimido lo es de un juego disémico, «rodado» para el color y como participio de rodar, y de algunas coletillas estilísticas de Quevedo —muy de la época, es verdad— como el sustantivo seguido de la frase negativa: «la edad no hay que tratar» y una aposición hiperbólica: «viznietos tenía en tahonas». Tampoco se entiende muy bien por qué suprimir la alusión a los judíos.

En el segundo caso el texto añadido no es circunstancial, sino una

auténtica nueva redacción, a partir de la antigua, puesto que toma una de las metáforas de B, «pareciera un cofre vivo» y varias de las alusiones, como el ir detrás todos «aderezados»: evidentemente está hecho a partir de la descripción originaria, intentando mejorarla o enriquecerla, pero otra vez mediante la amplificación. Ha de notarse que las ampliaciones de redacción van a ser casi siempre de descripciones, en este caso la del caballo, conseguidas por la acumulación metafórica, no por la nueva reelaboración, es decir: se elige el camino más fácil para aumentar el valor paródico del texto.

53. (I, 3) «Llegó la hora del cenar: *passosse/la merienda en blanco, y la cena, ya que/no se pasó en blanco sse pasó en mo/reno: passas y almendras y candil y/dos vendiciones, por que se dixesse que cenábamos con bendición; [cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire V. M. si inventara el diablo tal cosa]...*»

En esta amplificación se da la referencia interna oblicua al texto, al utilizar el V. M., que es un elemento estructural del relato, es decir, que atraviesa toda la obra. Se trata de un texto alternativo. Las características del texto substituido son las de cierto conceptismo («pasó... pasas...») y un profuso juego semántico en el que asoma la irreverencia, por la disemia de «bendición». Lingüísticamente resulta muchísimo más elaborado que el texto alternativo, que contiene evidentes simplificaciones («cenamos mucho menos»).

54. (I, 4) «Un agüelo tuvo V. M., tío de mi padre, que *jamás comió lechugas y son malas para la memoria, y más de noche, y éstas no son buenas* (en viendo lechugas se desmayaba. ¡Qué hombre era tan cabal!). Y diciendo esto sepultó un panecillo, y el otro otro.»

Textos alternativos. Los dos contienen una maliciosa alusión al poder estimulante de los alimentos y a la virilidad del abuelo, pero en el primer caso la alusión se encomienda a la verborrea del estudiante, que es un rasgo característico de la escena y del tipo, en tanto la alusión es más directa —por el contraste con «desmayaba». En estos casos, de acercar más la literalidad del texto a su contenido mordaz o humorístico, puede haber intervención de lectores o copistas que creen de esta manera hacer más patente la lectura semiescondida del pasaje, mostrando al mismo tiempo su propia agudeza como lectores.

55. (I, 5) «Acostéme y cubríme, y torné a dormir, y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme *proveído y hecho una necesaria [sucio hasta las trencas]*»

Textos alternativos. Es probable que la interpolación sea aclaratoria.

56. (III, 8) «He aquí a la mañana amanece a mi cabecera la güéspeda de la casa, vieja de *bien arrugada y llena de afeite, que parecía higo enarinado, niña si se lo preguntaban, con su cara de mues//ca entre chufa y castaña apilada, tartamuda, barbada y vizca y roma, no le faltaba una gota para bruja [edad de marzo, cincuenta y cinco, con su rosario grande y su cara hecha en orejón o*

cáscara de nuez, según estaba arada). Tenía buena fama en el lugar y echábase a dormir con ella y con cuantos querían, templaba gustos y careava placeres. Llamábase *la paloma* [**Tal de la guía**] alquilaba su casa...»

Textos alternativos, si no es una reducción de la copia.

FINAL: CASOS ACUMULATIVOS VARIOS

57. (I, 1) «Tuvo muy buen parecer [y fue tan celebrada que en el tiempo que ella vivió casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella] *para letra/do; muger de amigas, y quadrilla/y de pocos enemigos, por que asta/ los tres del alma aun no los tuvo//*(f 2r) *por tales; persona de valor, y conocida/da por quien era.*»

Es un error de copia, probablemente, B: «Tuvo muy buen **parecer para letrado, mujer de amigas y cuadrilla y de pocos enemigos, porque hasta los tres del alma aun no los tuvo por tales; persona de valor y conocida por quien era. Padeció grandes trabajos...**». CSE saltan desde **parecer a padeció** y omiten por tanto el pasaje subrayado. Pero, además, presentan un texto alternativo interpolado: «Y fue tan celebrada que, en el tiempo que ella vivió, casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella».

Desde otro punto de vista, se puede considerar la variante como de los que he llamado textos alternativos, de semejante valor. Sin embargo, en el texto de B que se pierde contiene una oblicua pulla, muy quevediana, a los letrados que podría no haberse entendido bien. ¿Por qué «tuvo muy buen parecer para letrado?»). La sensación de que falta por completar el pasaje con las cualidades que acercaban al letrado con la mujer pudo haber provocado la intervención del texto. En la pérdida de «los tres enemigos» del alma pudo haber mogigatería. El «conocida por quien era» es una de esas clásicas frases sutilmente irónicas de la época.

58. (I, 2) «... volví/me a ella; [**y dixe: ah madre, pésame solo de que ha sido más misa que pendencia la mía. Preguntóme que por qué y dijela que porque había tenido dos evangelios**] y roguéla me declarase/si le podía desmentir con verdad...».

Aunque debe notarse que lo añadido es un chiste, casi de sentido completo en él mismo, es decir, uno de los tipos de adición típica para acrecentar el carácter «ingenioso» del texto, existe la posibilidad del error de copia del ms B que salta de un verbo *dicendi* al siguiente, omitiendo el párrafo de la primera pregunta. De manera que el copista escribiría «volvime a ella y... (memorizando un verbo *dicendi*)», copia, y vuelve sobre el original buscando el verbo *dicendi*, momento en el que sigue con la secuencia «...roguéla me declarase...» Es un pasaje que debe ser restituido, por tanto, en una edición crítica.

59. (II, 1) «*En estas niñezes pasé algún tiem/po aprendiendo a leer y escrevir: /llegó (por no enfadar) el [tiempo] de unas car/nestolendas...*».

Es curiosa esta diferencia. El texto perdido contiene alguna ironía («niñeces») y funciona como elemento narrativo, al indicar pasos en la

formación del protagonista. Al perderse, el nuevo texto se ve obligado a añadir «tiempo» para dotar de sentido a la frase. La razón, una vez más, debía de estar en la disposición del manuscrito, que presenta inmediatamente otro período con la misma fórmula: «llegó por no enfadar el tiempo de las Carnestolendas...» e inmediatamente: «Llegó el día...» Las dos razones sirven para explicar la deturpación del texto B.

60. (I, 6) «Dél colgaban muchos manojos de **imágenes**, cruces y cuentas de perdone, *que hacían ruido de sonajas. Bendecía las ollas y al espumar hacía cruces con el cucharón. Yo pienso que las conjuraba por sacarles los espíritus, ya que no tenían carne. En todas las imágenes decía que rezaba cada noche por sus bienhechores.*»

Puede haberse dado el error de copia con el salto de vista a «imágenes», con un complejo proceso por el que recordara así mismo que el párrafo debería comenzar con el imperfecto («hacían» = «decía»). Es un caso que sería muy arriesgado suponer de copia de no mediar el apoyo de otros muchos. Pero confluyen en el ejemplo razones de otro tipo: la solución pacata —parece más probable, porque la supresión se hace desde el momento mismo que se inicia la parodia— de suprimir la burla religiosa: pero en cualquiera de los dos casos el texto suprimido lo es gratuitamente.

61. (I, 1) B lec: «... porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. // **[Dícese que daba paz cada noche a un cabrón en el ojo que no tiene niña]** Halláronla en su casa más piernas, brazos, etc.»

He señalado con doble barra el cambio de hoja, al que con mucha probabilidad puede culparse de la omisión de esa frase que recogen los otros testimonios. Bien es verdad que es un texto que se refiere a la brujería de la madre mediante una alusión muy obscena, es decir, dos de los rasgos de algunas adiciones, pero en un contexto semejante, por lo que yo recuperaría el texto en una edición crítica, achacando la omisión a la copia. Existe otra razón más para esta conclusión: es la única variante de importancia —de contenido semántico— en una parte del Buscón que resulta extraordinariamente limpia en todos los testimonios manuscritos. En efecto, es la única variante del capítulo VII y no se registra ninguna en los capítulos VIII y IX (es decir, en los capítulos VII del primer libro y I, II del segundo libro).

62. (III, 4) «Era de ver algunos dormir envainados sin quitarse nada, otros desnudarse de un golpe todo cuando traían encima *como culebras*, cuales jugaban y al fin cerrados se mató la luz. Olvidamos todos los grillos. **Era de ver a los que no tenían cama llegar y asir de los pies al acostado y sacarlo arrastrao en medio de la sala, y encaxarse en/la cama, y aquel asir de otro para acomodarse. Estava el servicio a mi cavezera [y a la media noche no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo que oí el ruido, al principio, pensando que eran truenos, empecé a santiguarme y llamar a Santa Bárbara. Mas viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olían tanto, que por fuerza detenía las narices en la cama. Unos traían cámaras y**

otros aposentos. Al fin yo] vime forzado a *inter//cesión de mis narices* a decirles que mudasen a otra parte el vedriado, y sobre si le viene muy ancho, o no (*como si me hubieran tomado la medida con el vacín*) tuvimos palabras: usé el oficio de adelantado, que es mexor a veces serlo de un cachete que de un reino [**Castilla**], y metíle a uno media pretina en la cara, él por levantarse aprisa derramóle, y al ruido despertó el concurso, asábanos a pretina-zos...».

Han confluído en este pasaje varias razones para que se acumulen distintas variantes. Es bastante probable el error de copia al omitir el pasaje entre «era» y «estaba», es decir, proceso de memorización del copista sobre una palabra hacia la que volver y salto hacia un término posterior muy semejante, omitiendo el fragmento entre los dos términos; así como la omisión menos importante del «como culebras», situado entre dos sintagmas que empezaban también por el mismo sonido: «cuanto... como... cuales...». Pero a ello se ha añadido, claramente, la reelaboración de una procazidad servida en bandeja por el texto original: «Estaba el servicio a mi cabecera...» *desató la vena sucia de alguien, quien con no excesiva gracia amontonó los clásicos tópicos sobre «soltar presos», «truenos», «cámaras y aposentos»...* Sólo el estar insertos en el relato puede salvar a este fragmento sin gracia como de Quevedo.

63. (III, 7) «El don Diego se me ofreció y me pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero. Y añadía, no creará V. M. su madre era hechicera y un poco puta, y su padre ladrón, y su tío verdugo, y el más ruin hombre y más mal inclinado *tacaño [que Dios tiene en]* del mundo. *Yo decía con unos empujoncillos de risa, gentil vergantón! hideputa, pícaro Y por de dentro considere el pío lector lo que sentiría mi gallofería. [Que sentiría yo oyendo decir de mí, en mi cara, tan afrentosas cosas]* Estaba aunque lo disimulaba...»

Sobre el pasaje han ocurrido dos cosas al menos. Primero la pérdida de un elemento en una enumeración de más de cuatro y todos comenzando con la copulativa «y». Pero en el segundo caso, el copista ha resuelto —como otras veces— un pasaje difícil, expresivamente rico y algo complejo, a fórmula más sencilla. Se trata del proceso por el que el copista no copia literalmente sino que resume semántica o temáticamente lo que acaba de leer. Hemos analizado más arriba este y otros casos similares, por lo que renuncio a extenderme en este tipo de variaciones.

La mayoría de las variantes que nos ofrecen los textos conservados del *Buscón* apuntan a un texto intervenido por distintas manos a lo largo de un proceso de transmisión que se adivina rico y complejo. Por lo que hoy sabemos de Quevedo, no parece adecuado pensar que fue el mismo autor quien se volvió hacia esta obrita juvenil para rehacerla de manera tan irregular e incoherente; más bien debemos pensar que la obra siguió el camino de tantos papeles juveniles suyos, de mano en mano, hasta ir a parar a las ediciones tardías, que él no reconoció como suyas.